

ningún momento— la transformación de la risa en "mensaje". O ese cinismo llega a grados sublimes o se queda en memez. Y este último resultado suele ser bastante corriente en muchos de esos humoristas "que están de vuelta de todo".

Algo de esto me temo que le ocurre a Ralph Bahski con su gato Fritz. No establece suficientemente las condiciones de su personaje, el orden (o el desorden) en el que se mueve, y es capaz, por tanto, de sacrificar por un chiste (que produce, como mucho, una leve sonrisa apagada) la posible coherencia de su película. Al margen, por lo tanto, de la destrucción que supone de la visión reaccionaria de Disney, pocas cuestiones más pueden aprovecharse hoy de "Fritz the cat", película que nos llega, como tantas ahora, con demasiado retraso. Los españoles, como siempre, acabamos siendo unos involuntarios estudiosos de filмотeca, antropólogos sin suficiente base cultural, sin información y sin posibilidades de desarrollarla. Las decepciones que nos producen ahora películas en su día famosas no son, sin embargo, virtudes admirables. Es que nos llega la posibilidad del orgasmo cuando hemos alcanzado la menopausia. ■ DIEGO GALAN.

"La cruz de hierro"

Plantearse a raíz de esta película la trayectoria del viejo Peckinpah rememorando sus títulos más clásicos y notables como "Duelo en la alta sierra", "Grupo salvaje" o "Junior Bonner" no vendría sino a insistir una vez más en la difícil evolución de unos hombres que han llegado tarde a casi todos los sitios. Esa tardanza dio a Peckinpah en su momento el sabor y la atracción del perdedor, de quien recordaba con nostalgia y lucidez la viveza y la tragedia de unos hombres que, como él, habían creído ingenuamente en el valor de unos principios impuestos que reconocieron más tarde falsos, pero que les hicieron vivir en un acuerdo común, en una suerte de lenguaje de perdedores. Peckinpah creó a esos hombres —y, en definitiva, a la historia de su país— un homenaje que en títulos como los citados o "La balada de Cable Hogue" adquirieron su máxima fuerza; una fuerza a la que Peckinpah añadía la violencia del rencor, de la necesidad de una justicia tardía.

Esos elementos, sin embargo, han acabado por crear al legendario director de "westerns" también legendarios el epitafio de su propia tumba. Llegado al éxito con demasiado retraso, no ha podido evitar la vanidad o, lo que es lo mismo, la insistencia en fórmulas que un día le sirvieron. Fórmulas que, desprovistas de lo que auténticamente las inspiraron, carecen de todo sentido.

Y una simple repetición de fórmulas epidérmicas es esta película que ahora nos presenta. "La cruz de hierro" quiere significar también una especie de homenaje a esos hombres perdidos en una lucha que no es la suya —en este caso, la segunda guerra mundial: un grupo de alemanes viven los últimos días de la gue-

rra en un campo de batalla ruso—, en una suerte de protesta por la inutilidad de todas las guerras. Para componer este conflicto, Peckinpah no ha dudado en esta ocasión de arrastrar consigo a toda una galería de personajes tópicos, sin carne, que reciben un latiguillo de posturas ficticias o, cuanto menos, falsas. Falsedad que naturalmente viene motivada por el tratamiento que Peckinpah ha hecho de ellas, no por su sentido último.

Tras "Aristócratas del crimen" (otro gran camelo en la filmografía de este ex admirado director), "La cruz de hierro" no viene sino a reforzar la opinión antes señalada: ninguna fórmula es en sí mismo válida ni nin-

gún éxito antiguo conjura los errores presentes. Y aquí no basta con inventar un personaje duro —el sargento incorruptible y carismático— frente al oficial aristócrata que sueña con poseer la Cruz de Hierro a través de no importa qué vilesas, para ofrecer el panorama de una guerra sin sentido para las clases populares. No es sólo a través de unos sentimientos reiterativos (la muerte de unos compañeros queridos) como se entiende en términos generales el desastre de una guerra o de una parte de la misma, que Peckinpah, por otra parte, llega a narrar con absoluta torpeza sin que en muchos momentos pueda llegar a entenderse con claridad la situación de esos personajes. ■ D. G.



"The Rocky horror picture show"

Quiénes recordamos la representación teatral española de esta obra (interpretada por el espléndido Alfonso Nadal), poco podemos interesarnos ahora por esta película. Es imposible encontrar en ella alguno de los elementos que hicieron de aquella representación (y, en definitiva, de la obra misma) un espectáculo divertido, curioso y hasta por su significación, apasionante.

En la versión cinematográfica dirigida por Jim Sharman (que nos llega sólo con dos años de retraso) sólo existe una filmación sin gracia de un espectáculo que recuerda demasiado su origen teatral. Sharman no se ha molestado en reinventar la historia: su trabajo confía en el éxito del texto. Pero no hay texto que valga por sí mismo a la hora de rodarlo. Y aquí no existe, insisto, el sentido del humor de aquel "The Rocky horror show", donde se daba la vuelta a la tantas veces reescrita historia de Frankenstein, convirtiéndolo en un travesti que creaba para su propio uso el bellísimo monstruo de sus sueños. Enfrentado a la cursilería de la burguesía media (una parejita de novios idiotas), aquel fascinante doctor era al tiempo un revulsivo a la tolerancia de esa burguesía. Sus razones, sus conductas, quedaban en entredicho.

Al tiempo, el "Rocky" original utilizaba para su lenguaje los elementos del "comic" más imaginativo, llevando su personaje central a una consideración planetaria distinta a la nuestra. Planetas donde los valores "normales" de nuestra sociedad sufrían una transformación total. Aquí, el doctor es víctima de sus ambiciones y todo queda ordenado en el mejor de los mundos posibles.

Fea, aburrida, triste y desperdiciada película. ■ D. G.

"Carne apaleada"

Ante la moda de películas clasificadas como "S", no podían tardar los productos españoles que ostentaran dicho adjetivo. "Carne apaleada", de Javier Aguirre, inspirada en la novela homónima de Inés Palou —publicada en Planeta tras el suicidio de su autora—, es la primera película que se anuncia como tal. Contrariamente a lo previsible tras la angustiada moda que sufrimos hace años de películas pseudoeróticas, no es "Carne apaleada" una obra que intente superar en espectacularidad las Emmanuelles. Oes y demás fauna que ahora soportamos. Por el contrario, "Carne apaleada" es una película bienintencionada a la que la calificación "S" le llega, sin duda, por una necesidad de lanzamiento comercial y que poco tiene que ver con los erotismos al uso. Es probable que aprovechando la relación homosexual femenina que narra la película y el vocabulario "de calle" (que el doblaje, por otra parte, hace en ocasiones inverosímil) se haya querido plantear "Carne apaleada" como un "escándalo" más. Este escándalo, sin embargo, se produce por otras razones.

Las que se derivan precisamente de esa necesidad de convertir una película-testimonio en un producto de consumo erótico. Nada tiene que ver lo que, sobre la marcha, plantea "Carne apaleada" con lo hasta ahora referido. Con un planteamiento de producción distinto, es hasta probable que nos encontráramos con una película excelente o cuanto menos de mucho mayor interés. La torpeza, cuando no la zafiedad, ocupa el lugar que correspondería a un texto más vivo